



RECENSIONES

Germán RUIZ LLANO, *Militares y Guerra Civil en el País Vasco. Leales, sublevados y geográficos*, Ediciones Beta, Bilbao, 2019, 333 páginas, por Arturo García Álvarez-Coque, (Universidad Complutense de Madrid), arturogacoque@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6495>

Conviene iniciar la reseña de este libro por el principio, es decir, por la portada. En ella aparece un numeroso grupo de jefes y oficiales en el patio del cuartel del Batallón de Montaña Garellano nº 6, de guarnición en Bilbao. La fotografía es de junio 1936, en ocasión de un acto de homenaje a quienes hasta hacía poco habían ejercido el mando de esa unidad, el general Gonzalo González de Lara y el coronel Joaquín Ortiz de Zarate. Es la viva imagen del compañerismo y del espíritu de cuerpo en el ejército español de la época. Los jefes homenajeados aparecen en primera fila, al lado del coronel Andrés Fernández-Piñerúa, comandante militar de la provincia. Algunos otros militares en la foto se pueden identificar. Por ejemplo, a la izquierda en tercera fila el capitán Ernesto de la Fuente, sonriente y luciendo la faja del Cuerpo de Estado Mayor. Sólo un mes más tarde, el 17 de julio, González de Lara sería arrestado como cabeza de la sublevación en Burgos y encarcelado en Guadalajara, donde sería fusilado pocos días después. Ortiz de Zárate, presidente de la Junta Nacional de la UME, organización que era uno de los ejes de la conspiración contra el Gobierno, moriría en combate en agosto. El capitán De la Fuente, que defendiendo la República sirvió en el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Euskadi, fue preso y fusilado al caer Santander en agosto de 1937. Entre el resto de los militares en la fotografía, unos cuantos no sobrevivieron a la contienda, ejecutados por sublevarse o bien por permanecer leales al Gobierno. El coronel Piñerúa moriría en la cárcel en 1940. Otros sufrieron vicisitudes diversas, al lado de los sublevados (una mayoría) o en las filas republicanas, algunos tratando de pasar desapercibidos en destinos poco comprometidos. Para la mayoría, esa *lucha entre compañeros* significó un choque moral.

El libro de Ruiz Llano se enmarca en una línea de investigación que profundiza sobre el ejército de 1936 y la fractura en la institución armada que determinó que el golpe militar se

transformara en una guerra civil¹. El análisis de la división del ejército (por ejemplo, la proporción de la oficialidad en cada bando, los lazos de compañerismo mantenidos a pesar de la guerra) aporta claves sobre la génesis, desarrollo y desenlace de la contienda civil. Desde este punto de vista otras investigaciones han tratado otros ámbitos territoriales, aunque sin profundizar como lo hace la presente obra en cómo vivió el estamento militar la sublevación y la guerra civil². Otros trabajos lo han hecho, en buena medida, para el caso de algún sector determinado del ejército³.

La obra que reseñamos es una minuciosa radiografía del ejército del 36 en el País Vasco, fruto de un ingente trabajo en los archivos militares, entre ellos destacando los fondos judiciales (causas abiertas contra quienes sirvieron en las filas republicanas, AIMNO entre otros) o material inédito en los “expedientes de averiguación de conducta” (AGMAV)⁴. La investigación es exhaustiva: aborda tanto la conspiración y la sublevación de julio de 1936 como la campaña militar hasta la caída de Bilbao en junio de 1937; lo sucedido en el ámbito de cada una de las tres provincias vascas; las actitudes en los diferentes niveles de mando (incluyendo suboficiales); no sólo el ejército propiamente dicho sino también las fuerzas de orden público (mandadas por personal militar): Guardia Civil y de Asalto, Carabineros, o cuerpos armados como miñones y miqueletes.

La guerra civil en el País Vasco da lugar a un interesante estudio de caso, por abarcar en ese territorio los diferentes modelos seguidos por lo ocurrido a escala nacional. Un ejemplo es la sublevación en las tres capitales vascas: triunfante en Vitoria, derrotada en San Sebastián y sin llegar a producirse en Bilbao (situación análoga a las de Sevilla, Madrid y Valencia, respectivamente), dependiendo cada caso de la medida en que los sublevados consiguieron romper la cadena de mando para asegurar la obediencia de las guarniciones.

¹ Ángel Bahamonde, *Madrid, 1939. La conjura del coronel Casado*. (Madrid: Cátedra, 2014); Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura del Ejército ante el 18 de julio. El Estado Mayor en la guerra civil*, (Granada: Comares, 2018); Fernando Puell de la Villa, “Julio de 1936: ¿Un ejército dividido?”, en Jorge Martínez Reverte (Coor.), *Los militares españoles en la Segunda República*, (Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2012), pp. 77-98.

² Las monografías de Gil Honduvilla sobre la sublevación en las capitales andaluzas, por ejemplo Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación. Sevilla 1936*, (Brenes: Muñoz Moya Editores, 2011).

³ Para el cuerpo y el servicio de Estado Mayor, Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura del Ejército*, *op. cit.*

⁴ AIMNO: Archivo Intermedio Militar del Noroeste, El Ferrol.; AGMAV: Archivo General Militar de Ávila.

Aspecto central del libro es el análisis, apoyado en numerosos casos individuales, de las motivaciones y circunstancias que influyeron en las actitudes de los militares y su alineamiento como leales o sublevados, más allá de preferencias ideológicas. Asimismo, se resaltan la muy extendida *lealtad geográfica*, las *zonas grises* en que se movían los leales que protegían a *compañeros* afines al bando enemigo o, como otra aportación inédita, las actividades quintacolumnistas de militares desafectos.

En el relato aparecen personajes poco conocidos, paradigmáticos de la minoría que defendió la República. El comandante de Estado Mayor Augusto Pérez Garmendia, destinado en Oviedo pero de permiso en San Sebastián, que se presentó a colaborar con las autoridades gubernamentales. Efímero comandante militar de Guipúzcoa después de encabezar a las milicias, guardias civiles y de asalto que sofocaron la sublevación en San Sebastián, murió en agosto, después de ser herido y capturado por los rebeldes. O el caso de Juan Cueto, militar vasco del gabinete del presidente Azaña que se ofreció para servir en el Norte, fusilado a la caída de Bilbao, reafirmando hasta el final su fidelidad a la República. Aún poco explorada como línea de investigación son las biografías de militares que fueron “actores secundarios”, que ayudan a iluminar y comprender una época o coyuntura histórica.

También se relata, con detalles inéditos, la no destrucción de la industria en las márgenes del Nervión al ser evacuado Bilbao, a pesar de las órdenes del mando militar y de las ambiguas directivas del ministro Prieto para que la industria pesada no cayera en manos del ejército franquista.

Dentro del campo de la historia militar, en su vertiente más humana y subjetiva (la *historia de los militares*), creemos que esta obra puede inspirar investigaciones enfocadas a otros territorios, como Valencia, Cataluña o Galicia. O incluso Madrid, un caso de mayor complejidad por la multiplicidad de organismos y unidades militares acantonadas en la capital de la República.

En suma, un libro importante, por su calidad expositiva y una claridad de análisis muy útil para la comprensión del acontecimiento central de la historia de España en el siglo XX.